

BUENAS PRÁCTICAS EN BANCA CENTRAL

Carlos Gustavo Cano*

La credibilidad es el principal ingrediente de una política monetaria exitosa. Cuando los ciudadanos confían en que la inflación será baja y estable, la formación de precios y salarios tenderá a reflejar esa expectativa. Pero no por gracia de la inflación en sí misma, que no es un fin, sino apenas un medio. Puesto que lo que realmente les importa a las personas es la estabilidad del poder adquisitivo de la moneda, pero siempre y cuando cuenten con empeño.

A fin de afianzar dicho cometido en los tiempos que corren, caben algunas reflexiones. Primero, en mercados en proceso de creciente apertura, la política monetaria cada vez tiene menor influjo sobre la formación de los precios de los alimentos y de los derivados del petróleo. Luego los bancos centrales deben guiarse más por la llamada inflación básica (“core inflation”), la cual los excluye de su cálculo. De no ser así, durante períodos de alza de las cotizaciones del petróleo, la política resultaría excesivamente contractiva en perjuicio de la ocupación de la gente, e ineficaz frente al control de la inflación. Segundo, los bancos centrales están llamados a liderar a los mercados, en vez de resignarse a ser conducidos por las ‘lecturas’ de sus supuestos ‘formadores’. Por tanto, cada vez que sea necesario, deben intervenir deliberadamente en el ámbito de los nuevos instrumentos y derivados financieros que, como las cuentas de margen, tienen evidentes efectos de emisión de dinero, cuyo control le corresponde constitucionalmente a la autoridad monetaria. Tercero, su rendición de cuentas ante la ciudadanía debe materializarse en la divulgación clara, didáctica y suficiente no sólo de sus decisiones de fondo, sino también de los fundamentos y los pronósticos sobre los cuales se basan sus juntas directivas para adoptarlas. Por último, no deben sustraerse totalmente de las políticas ‘micro-prudenciales’ que rigen el funcionamiento de los intermediarios.

En efecto, como sostienen Alan Blinder, anterior codirector de la FED, y Roger Ferguson, su último vicepresidente, la política macroeconómica resulta mucho más efectiva cuando la autoridad monetaria no se desentiende por completo de las responsabilidades clave en torno de la supervisión y la regulación de los agentes financieros. Como en el caso de España, donde el banco central desempeña simultáneamente tales funciones. O, al menos, como en el de Colombia, donde se estudia una reforma que, aparte de propender por una más genuina coordinación entre el banco y el órgano supervisor, le otorgue a este un mayor grado de independencia a favor de la eficacia de su tarea.

Así será posible, por ejemplo, lograr un mayor y cabal acceso a la información sobre la salud del sistema financiero y, así mismo, sobre el funcionamiento de los canales de transmisión de la política monetaria hacia el financiamiento de los hogares y las empresas, uno de sus fines últimos. Y, por consiguiente, la puesta en marcha de mejores y más oportunas medidas a fin de garantizar que el manejo de la moneda efectivamente esté al servicio del bienestar bajo condiciones de equidad. Si así fuere, el grado de credibilidad del público en la autoridad monetaria se fortalecerá aún más en beneficio de la misma sociedad.

* Codirector del Banco de la República